CULTURAS
Página/12



Hay países que suelen quedar capturados en una visión política excluyente. Sudáfrica es uno de esos casos, una imagen que remite a las minas de diamantes, los hermanos Botha, el terror cotidiano y sistemático del apartheid. Sin embargo, junto a estos datos irrefutables de aquella conflictiva realidad, en Sudáfrica se ha ido gestando un espacio de resistencia en el cual la literatura cumple un rol cuestionador y virulento. Este suplemento da cuenta del fenómeno recién apuntado.

Ilustraciones de Susana Viñola

SUDAFRICA 1948 – 1987

LA TEMIBLE ESCRITURA NEGRA

Por Stefano Mauri

La tragedia de la discriminación y la segregación social en Africa del Sur permaneció oculta por largo tiempo a los ojos del mundo. Sólo en los últimos años la denuncia masiva en los medios de comunicación elevó a nivel de internacional una realidad que se ignoró o se ocultó.

La variedad y la densidad de la literatura sudafricana es un testimonio de esa realidad y si bien el inglés es el medio privilegiado de expresión, los escritores utilizan también el afrikaans, xhosa, sotho y otras lenguas regionales. El precio que los literatos pagaron para seguir expresándose y para hacer circular sus historias en el mundo fue muy alto: el exilio, la pérdida de contacto con sus propias raíces, el consiguiente aislamiento cultural y social, a veces el suicidio en tierra extranjera.

Sudáfrica produjo una cantidad de autores altamente respetados dentro y fuera del país. Olive Schreiner, William Plomer, Sol Paatjie y Herman Charles Bosman, entre otros, cuyos primeros trabajos constituyen los ''clásicos'' de la literatura sudafricana. Muchos libros se ocupaban entonces de temas rurales y describían el proceso gradual de urbanización, en particular la de los afrikaans, la pobreza y lo inadecuado del ambiente urbano mientras el lenguaje se ''formaba'' literariamente. La búsqueda de una identidad separada y la demanda de un poder político autónomo de los ingleses eran los objetivos principales a los que se apuntaba. Al mismo tiempo, autores como Alan Paton, escribiendo en inglés, expresaba las aspiraciones de liberalismo. Eran años de descolonización y de independencia para muchas naciones de Africa y Asia. La obra de Paton *Llore, el país amado (Cry, the beloved country)* se convierte en un clásico mundial después de su publicación en 1948, año en que el Partido Nacionalista Afrikaner ascendió al poder.

Esto ocurrió también con *Turbott Wolfe*, de Plomer, que apareció en 1935 y que contaba una historia de vida real sudafricana. Otros autores como Laurens Van der Post estaban orientados más ''antropológicamente'', aunque estaba implícito su amor por el país y sus habitantes. Sea como fuere, en contraste con las tendencias internacionales, Sudáfrica después del conflicto mundial se encaminó por una ruta que llevó al país a promulgar leyes de segregación racial jamás vistas. Tarde o temprano, los escritores de toda la comunidad terminaron por violar las leyes con sus textos. La actitud del gobierno nacionalista hacia los opositores se hizo inequívoca con la supresión de la izquierda y del Partido Comunista, en 1952.

Nadine Gordimer, una de las escritoras sudafricanas más notables, se había trasladado recientemente a Johannesburgo desde su pequeña ciudad de origen en el Transvaal. Ella, como muchas jóvenes blancas de lengua inglesa, creyó en el ''sueño liberal''. El movimiento de resistencia pasiva estaba ganando terreno y el Congreso Nacional Africano, el mayor grupo político que incluía al frente de oposición antiracial, estaba rápidamente engrosando sus filas. Los liberales esperaban que al romper el tabú que prohibía la integración interracial, el *apartheid* simplemente desaparecería. Eso es lo que cuenta en su literatura Nadine Gordimer. Pero evidentemente no fue así.

Voraz lectora de literatura inglesa y europea, Gordimer, desde su adolescencia en los años 50, comenzó escribiendo cuentos cortos que rápidamente la hicieron conocer. Como ella admitió, lentamente fue tomando conciencia política. Su repugnancia a la injusticia racial era visceral, en Johannesburgo encontró gente de color que no se relegó a los papeles de subordinación, como servidores o empleados. Entre sus amigos había escritores, músicos y políticos, que más tarde fueron arrestados. La represión contra ellos la obligó a definirse personalmente, aunque no al punto de convertirla en una militante. Todavía sentía como dominante su papel de escritora.

''Nosotros somos dominantes –decía–. Hemingway fue a España durante la guerra civil, pero por poco tiempo y con un espíritu de aventura. Fue una elección suya, y esa es la diferencia. Lo que sucede en este país es un destino para mí. Yo no puedo elegir.''

Para los escritores de color, los años 50 fueron un período de cambio. Nat Nakassa, Alex La Guma, Can Temba, Es'kia Maphalele, Bessie Head, por citar algunos, escribieron principalmente en ingés. Se ganaban la vida como periodistas, maestros o haciendo cualquier tipo de trabajo. Depués de la masacre de Sharpeville en 1961, muchos se exiliaron, siguieron escribiendo en el extranjero, pero su público ahora estaba formado solamente por lectores de revistas populares como *Durm*, donde escribían no sólo Todd Matshikisa o Can Temba, sino también los liberales blancos.

Lewis Nkosi dejó Sudáfrica con un permiso de expatriado para Inglaterra, lo mismo que Matshikisa. Desde entonces Es'kia Maphalele (que publicó en Londres la serie de historias breves: *Down Second Avenue)* regresó después de varios años a Sudáfrica donde trabaja como profesor universitario.

Según Mtutuzeli Matshoba –un joven escritor negro y autor del renombrado *Call Me Not a Man*– esta camada de viejos escritores acaba de ser ''descubierta'', después de tantos años de censura literaria, y sólo ahora la población de color tiene acceso a sus mejores escritores.

Los años 60 fueron un período de rebelión para ciertos jóvenes escritores cuando su lengua se convirtió en ''idioma de los opresores''. El ambiente cultural era conservador y totalmente conformista. Ecritores como Eugene Marais y W.A. de Klerk constituían la excepción .Aunque eran bastante estimados, no lograron jamás ejercer una influencia considerable.

Sin embargo, en los años 60, un grupo desconocido como ''Los sestigers'' consiguieron abrirse camino. Eran jóvenes que en los años cincuenta y sesenta habían sufrido la influencia de la cultura europea y sometido a una dura crítica la formación cultural recibida en Sudáfrica.

André Brink, Breyten Bretenbach, Jan Rabie y Etenne Leroux formaban parte de este grupo cuyos polos eran los ''puristas'' y los ''políticos''. De cualquier modo era imposible permanecer insensible a lo que estaba sucediendo alrededor.

El grupo se hizo conocer mejor por el contenido político de sus libros. Los editores se mostraron cautos en la presentación de sus obras, prefiriendo no arriesgar en términos económicos ni políticos. La obra de Brink, *Kennis van die Aand* terminada en 1974 fue rápidamente

continúa en página 2

UN PRIMITIVO EN LA NOCHE SUDAFRICANA

Por Cristina Pugliese

La figura de Alex La Guma, el escritor sudafricano muerto hace dos años en el exilio, es un emblema de la lucha contra el *apartheid*. Nacido en 1925 en Cape Town, creció en un ambiente fuertemente politizado. Su padre era sindicalista y miembro del Partido Comunista Sudafricano. En 1947 Alex se une a la Liga de Jóvenes Comunistas y el año siguiente al Partido Comunista. En 1954 se encuentra entre los fundadores de la South African Coloured People Association. En 1955 es arrestado por primera vez. En 1956 es procesado junto a otros 155 líderes antirracistas por alta traición contra el Estado. En marzo de 1960, como consecuencia de la masacre de Sharpeville, se declara el estado de emergencia y es detenido durante siete meses. En 1962 es obligado a abandonar su trabajo de periodista a causa de la Supression of Communism Act (Acta de Supresión del Comunismo). En 1963, después de haber estado cinco meses en prisión por actividades sospechosas, tuvo que cumplir cinco años de arresto domiciliario ya que las leyes permiten al gobierno arrestar a los opositores sin necesidad de proceso.

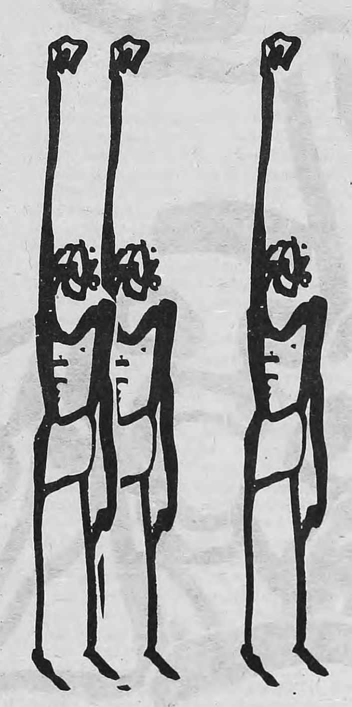
En 1966 fue nuevamente detenido con la acusación de trabajar para el Partido Comunista. Después se marcha a Inglaterra para unirse a su familia. El exilio no le impide continuar la lucha contra el *apartheid*. Los últimos años de su vida los pasa en Cuba como representante del African National Congress, el más importante movimiento sudafricano de liberación.

Alex La Guma unió siempre su actividad política a la literaria. Su primera obra publicada es el cuento *Estudio*, que aparece en el diario *New Age* para el cual trabajaba como periodista. Desde entonces publicó catorce cuentos, las novelas *A Walk in the Night* (1962), *And a Threefold Cord* (1964), *The Stone Country* (1967), *In the Fog of the Season's End* (1972), *Time of the Butcherbird* (1979) y varios ensayos. Al morir dejó inconclusa su sexta novela titulada *Zone of Fire*. Todos sus textos, si se exceptúan algunos cuentos, fueron publicados en el exterior porque estaban prohibidos en Sudáfrica.

La obra de Alex La Guma se inspira en hechos reales, de los cuales el autor tuvo conocimiento o fue testigo.

Según el escritor, no existe una gran diferencia entre los dos géneros –cuento o novela– en los que trabajó. "Yo comienzo a escribir una historia desde el principio y la concluyo cuando he dicho todo, no me fijo cuánto dura", afirmó.

Para La Guma, la función del escritor se acerca a la del narrador tradicional africano, que elabora una historia para que ésta responda a dos requisitos fundamentales: entretener e instruir por medio de una moraleja fácilmente comprensible.



En sus cuentos y primeras novelas aparecen, sobre todo, el miedo y la aspiración de los mestizos y los "coloured" (gente de color) de Cape Town, entre los cuales el escritor ha vivido. Se trata de personajes que se limitan a reaccionar a las presiones extranjeras antes que actuar, hombres condenados a vagar en la noche como el espectro del padre de Hamlet, al que hace referencia en *A Walk in the Night*.

En la sociedad sudafricana la discriminación racial no se agota en la relación blanco-negro, pero así como los blancos gozan de privilegios sociales, económicos y políticos, del mismo modo los mestizos con la piel más clara que los asiáticos y los negros tienen ventajas respecto a ellos y a menudo son también arrogantes y racistas. Esto es explorado en la mayoría de los cuentos, tanto en *A Walk in the Night* y *And A Threefold Cord* que La Guma escribió mientras cumplía el arresto domiciliario. Las sucesivas novelas *The Sone Country* y sobre todo *In the Fog of the Season's End* y *Time of the Butcherbird* manifiestan, a diferencia de las primeras obras que retratan una situación desesperada, la fe del autor en el cambio revolucionario y muestran claramente que ha llegado para los marginados el momento de rebelarse.

La cualidad que distingue el estilo de Alex La Guma es su habilidad para evocar una atmósfera con trazos breves y puntuales, la combinación de lo cómico y lo trágico, su sensibilidad al reproducir el diálogo del hombre de la calle. El autor utiliza la ironía y el suspenso, proponiendo finales sorpresivos que asombran y desorientan. En efecto, los cuentos quieren ser una provocación más que la conclusión de una tesis. La Guma tiene pocas respuestas y deja que sea el lector el que atraviese la superficie de la historia para sugerir los posibles significados. También los títulos, a menudo en contraste con el contenido del texto, tienen como función ampliar el sentido de la obra. Es el caso de *L'agrumeto*, editada en 1967 y sucesivamente publicada en *A Walk in the Night*, donde un lugar agradable y sonriente puede convertirse en un "pequeño anfiteatro" en el que será inmolada la víctima para que el orden no sea alterado.

L'agrumeto surge de un hecho real que sucedió en el pequeño centro rural de Calvinia, donde un maestro mestizo acusó al pastor de la Calvinia Dutch Reformed Church de haberlo agredido. "Esto fue visto en la comunidad boer como una afrenta inaudita contra un siervo de Dios, el maestro fue sacado durante la noche de su habitación y salvajemente golpeado." En el cuento el cruel castigo está soslayado por el lenguaje irónico, alusivo, que no concentra sobre el hecho brutal, sino más bien se afirma sobre los detalles que hacen intuir el destino que le espera al mestizo.

Igual que en *And a Threefold Cord* y *Time of the Butcherbird*, La Guma utiliza referencias a la naturaleza como metáfora de la acción. El invierno, la oscuridad temprana y la rigidez del clima se suman al frío del alma y a los feroces propósitos de los carceleros. La luna, casi con vergüenza por lo que va a suceder, se ha ocultado detrás de las nubes, los grillos han dejado de cantar y el perro de ladrar, como si lo molesto en el aire se fuera transformando en algo concreto, tangible.

Por Michel Massing

En Johannesburgo, inmediatamente después de la proclamación del estado de emergencia, Soweto estaba completamente alborotada y sin embargo noche tras noche la televisión sudafricana mostraba imágenes de series tomadas de su hermana americana. En todos los salones de Pretoria está J.R. que apuñala por la espalda a un magnate del petróleo, o Mike Hammer que se lleva a la cama a una rubia. Y por si uno se levanta temprano, un nuevo programa con un poco de noticias, el pronóstico del tiempo y algunos chismes. El título, obviamente, *Good morning, South Africa*.

En la radio dos mujeres discuten los pros y los contras de la cocina con horno a microondas. "M–Net", un canal modelado en base al americano "Hbo" transmite la película *Scruples*. Y el Ministerio de Información anuncia, justo ese día, haber destinado un millón novecientos mil dólares para realizar un video con el título *Juntos construiremos un mundo mejor*.

Los diarios nacionales son a veces como las pastillas de un supermercado americano. En mi primer fin de semana allí, fui a comprar el respetable *Sunday Times*, el semanario más vendido del país. Un tercio de la primera página estaba dedicado a la reconciliación entre un multimillonario y su fascinante mujer. En la gran foto a color, ella sostenía una copa de vino y el título anunciaba "Quiero un hijo de él". En la página tres estaba la historia de una modelo que había mostrado sus nalgas para una foto publicitaria. Acompañaban al artículo siete fotos de las celebradas nalgas. Sólo en la página ocho, el diario afrontaba el desastre en la mina de Kinross, donde el primer día de la semana habían muerto 177 mineros negros.

La pobreza en América

Una noche la South African Broadcasting Corporation (SABC), portavoz del gobierno, transmite un programa de media hora sobre la pobreza de los negros. Los de Norteamérica. "Los negros norteamericanos constituyen el trece por ciento de la población y para ellos el *apartheid* no es una palabra conocida" decía Cliff Sanders, cuyo indiscutible entusiasmo por el gobierno de Pretoria le valió el sobrenombre de "Jefe de la oficina de propaganda". Era el tiempo en que el Congreso de Estados Unidos estaba discutiendo las sanciones y era evidentemente una buena jugada. Niños abandonados, inquilinos echados de sus casas, víctimas de todo tipo de crímenes, violencia de la policía; escena tras escena, los negros luchaban por tratar de sobrevivir en los Estados Unidos.

Los blancos, sin embargo, parecen ignorar lo que sucede en su país, tanto que a veces los visitantes extranjeros se encuentran informando a sus huéspedes sobre el desarrollo de la situación local (en uno de los *sketches* de Xietes–Dirk Uys, un señor de Johannesburgo escucha una tremenda explosión delante de su casa; se precipita al teléfono, llama a un amigo de Londres, y le dice alarmado "¿Qué fue eso?".

Entre junio y diciembre de 1986 más de trescientas personas fueron asesinadas, 20 mil encarceladas, muchas veces sin proceso. La tortura ha llegado a ser una práctica habitual en las cárceles, millares de niños son encerrados en campos de prisión, la policía tiene puestos de avanzada en cada pequeña ciudad y se respira un aire de ocupación militar. No obstante, la policía ha comenzado a vender copias de juguetes de los Casspir, autos blindados usados para sofocar la subversión negra.

Tanta indiferencia es en parte el efecto de la misma segregación racial. Según las estadísticas no más del uno por ciento de los blancos ha puesto un pie alguna vez en su vida en una ciudad negra. Para muchos el único contacto con la población de color son sus relaciones con su propia camarera. Pero para sobrevivir, el *apartheid* no sólo debe aislar a los blancos, también debe anestesiarlos respecto de la angustia que los circunda. Una necesidad cada vez más apremiante desde que en agosto de 1984 comenzaron las oleadas de revueltas. El gobierno trabajó con mucho cuidado para crear una ilusión de normalidad y en esta obra de medio año logró éxitos importantes en la construcción de una realidad artificial y distendida

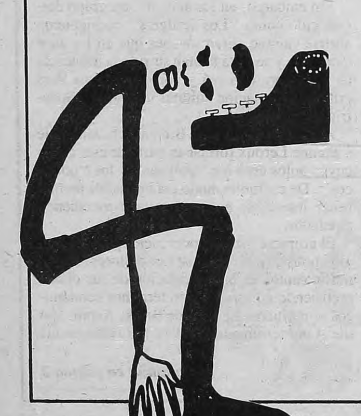
Al contrario de la televisión dominada por el

Viene de tapa

LA TEMIBLE...

bloqueada, una actitud sin precedentes, si bien Brink admitió que no era del todo inesperado. Hasta entonces, ningún autor había sido censurado visiblemente por la ley, y la respuesta del medio cultural era previsible. Por fin habían encontrado un chivo expiatorio.

Entretanto Breyten Brytenbach, que se había ido a vivir a Francia (y se había casado con una vietnamita), tuvo una acogida similar, aunque su actividad principal, la poesía, era menos accesible para el gran público. Su actividad política lo hacía sospechoso para sus lectores blancos, aunque su obra estaba escrita en idioma regional.



Los autores se dieron cuenta de cómo los hacía vulnerables su lenguaje, y una parte de ellos comenzó a escribir en inglés. Esto les permitió dirigirse a un público internacional y evitar así la mirada de la censura local. La sublevaciones de Soweto en 1976 fueron otra vuelta de tuerca en la historia moderna de Sudáfrica.

Una nueva generación de escritores estaba por surgir. Más jóvenes, altamente politizados y principalmente de color, su trabajo comenzó a aflorar al año siguiente. Evitaban los llamados temas tradicionales como los "bomelands" (los *bantustanos* que constituyeron los estados neoindependientes de varias tribus), excesivamente coherentes con la educación "bantu" del gobierno. En cambio, escribieron sobre las condiciones de vida de los negros en la ciudad, sobres sus hermanos de raza, en particular. Mothabi Mutloatse, Mtutuzeli Matshoba, Ben J. Langa y Achemd Danghor son los nombres que comenzaron a aparecer en los nuevos periódicos de literatura comprometida como *Staffrider*. Las revistas creativas no eran nuevas en Sudáfrica. Nat Nakasa había fundado *Classic* en 1950, y estaba *Contrast* y también *Front Line*.

En los años 70, luego de que la censura aflojara un poco las riendas, fueron editados algunos libros prohibidos como la obra histórica de Edward Roux, *Time Longer than Rope*, *Burger's Doughter* de Nadine Gordimer y *Looking on Darkness* de Brink. La editorial Ravan Press publicó los libros de los jóvenes escritores negros y en poco tiempo se vio una camada de nuevos autores en las librerías. J.M. Coetzee publicó su importante *The Life and Times of Michael K.*, que ganó el premio Booker, y Nadine Gordiner su *July's People*.

Ambos libros se pueden relacionar por el solo hecho de que están ambientados durante una imaginaria revolución del futuro, y también porque salieron más o menos en el mismo período.

Los autores imaginaban un futuro sudafricano que la mayor parte de los blancos encuentran "demasiado espantoso para contemplar", según la expresión del ex primer ministro, Jorge Vorster. El baño de sangre que vino después mostró, en ambos casos, un país en estado de guerra civil permanente.

La problemática sexual negro-blanca, que tanto había interesado a la literatura de los años 70, fue superada en la década del 80 como tema principal y sustituida por una visión apocalíptica del futuro que se acerca, más dolorosamente a la realidad del país.

UN PRIMITIVO EN LA NOCHE SUDAFRICANA

Por Cristina Pugliese

La figura de Alex La Guma, el escritor sudafricano muerto hace dos años en el exilio, es un emblema de la lucha contra el *apartheid*. Nacido en 1925 en Cape Town, creció en un ambiente fuertemente politizado. Su padre era sindicalista y miembro del Partido Comunista Sudafricano. En 1947 Alex se une a la Liga de Jóvenes Comunistas y el año siguiente al Partido Comunista. En 1954 se encuentra entre los fundadores de la South African Coloured People Association. En 1955 es arrestado por primera vez. En 1956 es procesado junto a otros 155 líderes antirracistas por alta traición contra el Estado. En marzo de 1960, como consecuencia de la masacre de Sharpeville, se declara el estado de emergencia y es detenido durante siete meses. En 1962 es obligado a abandonar su trabajo de periodista a causa de la Supression of Communism Act (Acta de Supresión del Comunismo). En 1963, después de haber estado cinco meses en prisión por actividades sospechosas, tuvo que cumplir cinco años de arresto domiciliario ya que las leyes permiten al gobierno arrestar a los opositores sin necesidad de proceso.

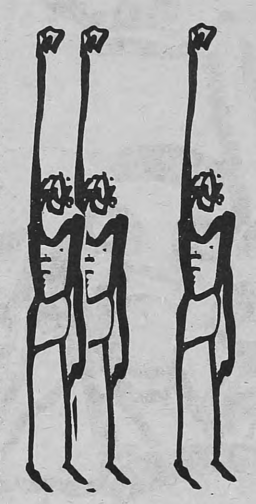
En 1966 fue nuevamente detenido con la acusación de trabajar para el Partido Comunista. Después se marcha a Inglaterra para unirse a su familia. El exilio no le impide continuar la lucha contra el *apartheid*. Los últimos años de su vida los pasa en Cuba como representante del African National Congress, el más importante movimiento sudafricano de liberación.

Alex La Guma unió siempre su actividad política a la literaria. Su primera obra publicada es el cuento *Estudio*, que aparece en el diario *New Age* para el cual trabajaba como periodista. Desde entonces publicó catorce cuentos, las novelas *A Walk in the Night* (1962), *And a Threefold Cord* (1964), *The Stone Country* (1967), *In the Fog of the Season's End* (1972), *Time of the Butcherbird* (1979) y varios ensayos. Al morir dejó inconclusa su sexta novela titulada *Zone of Fire*. Todos sus textos, si se exceptúan algunos cuentos, fueron publicados en el exterior porque estaban prohibidos en Sudáfrica.

La obra de Alex La Guma se inspira en hechos reales, de los cuales el autor tuvo conocimiento o fue testigo.

Según el escritor, no existe una gran diferencia entre los dos géneros –cuento o novela– en los que trabajó. "Yo comienzo a escribir una historia desde el principio y la concluyo cuando he dicho todo, no me fijo cuánto dura", afirmó.

Para La Guma, la función del escritor se acerca a la del narrador tradicional africano,



que elabora una historia para que ésta responda a dos requisitos fundamentales: entretener e instruir por medio de una moraleja fácilmente comprensible.

En sus cuentos y primeras novelas aparecen, sobre todo, el miedo y la aspiración de los mestizos y los "coloured" (gente de color) de Cape Town, entre los cuales el escritor ha vivido. Se trata de personajes que se limitan a reaccionar a las presiones extranjeras antes que actuar, hombres condenados a vagar en la noche como el espectro del padre de Hamlet, al que hace referencia en *A Walk in the Night*.

En la sociedad sudafricana la discriminación racial no se agota en la relación blanco-negro, pero así como los blancos gozan de privilegios sociales, económicos y políticos, del mismo modo los mestizos con la piel más clara que los asiáticos y los negros tienen ventajas respecto a ellos y a menudo son también arrogantes y racistas. Esto es explorado en la mayoría de los cuentos, tanto en *A Walk in the Night* y *And A Threefold Cord* que La Guma escribió mientras cumplía el arresto domiciliario. Las sucesivas novelas *The Sone Country* y sobre todo *In the Fog of the Season's End* y *Time of the Butcherbird* manifiestan, a diferencia de las primeras obras que retratan una situación desesperada, la fe del autor en el cambio revolucionario y muestran claramente que ha llegado para los marginados el momento de rebelarse.

La cualidad que distingue el estilo de Alex La Guma es su habilidad para evocar una atmósfera con trazos breves y puntuales, la combinación de lo cómico y lo trágico, su sensibilidad al reproducir el diálogo del hombre de la calle. El autor utiliza la ironía y el suspenso, proponiendo finales sorpresivos que asombran y desorientan. En efecto, los cuentos quieren ser una provocación más que la conclusión de una tesis. La Guma tiene pocas respuestas y deja que sea el lector el que atraviese la superficie de la historia para sugerir los posibles significados. También los títulos, a menudo en contraste con el contenido del texto, tienen como función ampliar el sentido de la obra. Es el caso de *L'agrumeto*, editada en 1967 y sucesivamente publicada en *A Walk in the Night*, donde un lugar agradable y sonriente puede convertirse en un "pequeño anfiteatro" en el que será inmolada la víctima para que el orden no sea alterado.

L'agrumeto surge de un hecho real que sucedió en el pequeño centro rural de Calvinia, donde un maestro mestizo acusó al pastor de la Calvinia Dutch Reformed Church de haberlo agredido. "Esto fue visto en la comunidad boer como una afrenta inaudita contra un siervo de Dios, el maestro fue sacado durante la noche de su habitación y salvajemente golpeado." En el cuento el cruel castigo está soslayado por el lenguaje irónico, alusivo, que no concentra sobre el hecho brutal, sino más bien se afirma sobre los detalles que hacen intuir el destino que le espera al mestizo.

Igual que en *And a Threefold Cord* y *Time of the Butcherbird*, La Guma utiliza referencias a la naturaleza como metáfora de la acción. El invierno, la oscuridad temprana y la rigidez del clima se suman al frío del alma y a los feroces propósitos de los carceleros. La luna, casi con vergüenza por lo que va a suceder, se ha ocultado detrás de las nubes, los grillos han dejado de cantar y el perro de ladrar, como si lo molesto en el aire se fuera transformando en algo concreto, tangible.

Viene de tapa

LA TEMIBLE...

bloqueada, una actitud sin precedentes, si bien Brink admitió que no era del todo inesperado. Hasta entonces, ningún autor había sido censurado visiblemente por la ley, y la respuesta del medio cultural era previsible. Por fin habían encontrado un chivo expiatorio.

Entretanto Breyten Brytenbach, que se había ido a vivir a Francia (y se había casado con una vietnamita), tuvo una acogida similar, aunque su actividad principal, la poesía, era menos accesible para el gran público. Su actividad política lo hacía sospechoso para sus lectores blancos, aunque su obra estaba escrita en idioma regional.

Los autores se dieron cuenta de cómo los hacía vulnerables su lenguaje, y una parte de ellos comenzó a escribir en inglés. Esto les permitió dirigirse a un público internacional y evitar así la mirada de la censura local. La sublevaciones de Soweto en 1976 fueron otra vuelta de tuerca en la historia moderna de Sudáfrica.

Una nueva generación de escritores estaba por surgir. Más jóvenes, altamente politizados y principalmente de color, su trabajo comenzó a aflorar al año siguiente. Evitaban los llamados temas tradicionales como los "bomelands" (los *bantustanos* que constituyeron los estados neoindependientes de varias tribus), excesivamente coherentes con la educación "bantu" del gobierno. En cambio, escribieron sobre las condiciones de vida de los negros en la ciudad, sobres sus hermanos de raza, en particular. Mothabi Mutloatse, Mtutuzeli Matshoba, Ben J. Langa y Achemd Danghor son los nombres que comenzaron a aparecer en los nuevos periódicos de literatura comprometida como *Staffrider*. Las revistas creativas no eran nuevas en Sudáfrica. Nat Nakasa había fundado *Classic* en 1950, y estaba *Contrast* y también *Front Line*.

En los años 70, luego de que la censura aflojara un poco las riendas, fueron editados algunos libros prohibidos como la obra histórica de Edward Roux, *Time Longer than Rope*, *Burger's Doughter* de Nadine Gordimer y *Looking on Darkness* de Brink. La editorial Ravan Press publicó los libros de los jóvenes escritores negros y en poco tiempo se vio una camada de nuevos autores en las librerías. J.M. Coetzee publicó su importante *The Life and Times of Michael K.*, que ganó el premio Booker, y Nadine Gordiner su *July's People*.

Ambos libros se pueden relacionar por el solo hecho de que están ambientados durante una imaginaria revolución del futuro, y también porque salieron más o menos en el mismo período.

Los autores imaginaban un futuro sudafricano que la mayor parte de los blancos encuentran "demasiado espantoso para contemplar", según la expresión del ex primer ministro, Jorge Vorster. El baño de sangre que vino después mostró, en ambos casos, un país en estado de guerra civil permanente.

La problemática sexual negro-blanca, que tanto había interesado a la literatura de los años 70, fue superada en la década del 80 como tema principal y sustituida por una visión apocalíptica del futuro que se acerca, más dolorosamente a la realidad del país.



BLANCOS PERO OSCUROS

Por Michel Massing

En Johannesburgo, inmediatamente después de la proclamación del estado de emergencia, Soweto estaba completamente alborotada y sin embargo noche tras noche la televisión sudafricana mostraba imágenes de series tomadas de su hermana americana. En todos los salones de Pretoria está J.R. que apuñala por la espalda a un magnate del petróleo, o Mike Hammer que se lleva a la cama a una rubia. Y por si uno se levanta temprano, un nuevo programa con un poco de noticias, el pronóstico del tiempo y algunos chismes. El título, obviamente, *Good morning, South Africa*.

En la radio dos mujeres discuten los pros y los contras de la cocina con horno a microondas. "M–Net", un canal modelado en base al americano "Hbo" transmite la película *Scruples*. Y el Ministerio de Información anuncia, justo ese día, haber destinado un millón novecientos mil dólares para realizar un video con el título *Juntos construiremos un mundo mejor*.

Los diarios nacionales son a veces como las pastillas de un supermercado americano. En mi primer fin de semana allí, fui a comprar el respetable *Sunday Times*, el semanario más vendido del país. Un tercio de la primera página estaba dedicado a la reconciliación entre un multimillonario y su fascinante mujer. En la gran foto a color, ella sostenía una copa de vino y el título anunciaba "Quiero un hijo de él". En la página tres estaba la historia de una modelo que había mostrado sus nalgas para una foto publicitaria. Acompañaban al artículo siete fotos de las celebradas nalgas. Sólo en la página ocho, el diario afrontaba el desastre en la mina de Kinross, donde el primer día de la semana habían muerto 177 mineros negros.

La pobreza en América

Una noche la South African Broadcasting Corporation (SABC), portavoz del gobierno, transmite un programa de media hora sobre la pobreza de los negros. Los de Norteamérica. "Los negros norteamericanos constituyen el trece por ciento de la población y para ellos el *apartheid* no es una palabra conocida" decía Cliff Sanders, cuyo indiscutible entusiasmo por el gobierno de Pretoria le valió el sobrenombre de "Jefe de la oficina de propaganda". Era el tiempo en que el Congreso de Estados Unidos estaba discutiendo las sanciones y era evidentemente una buena jugada. Niños abandonados, inquilinos echados de sus casas, víctimas de todo tipo de crímenes, violencia de la policía; escena tras escena, los negros luchaban por tratar de sobrevivir en los Estados Unidos.

Los blancos, sin embargo, parecen ignorar lo que sucede en su país, tanto que a veces los visitantes extranjeros se encuentran informando a sus huéspedes sobre el desarrollo de la situación local (en uno de los *sketches* de Xietes–Dirk Uys, un señor de Johannesburgo escucha una tremenda explosión delante de su casa; se precipita al teléfono, llama a un amigo de Londres, y le dice alarmado "¿Qué fue eso?".

Entre junio y diciembre de 1986 más de trescientas personas fueron asesinadas, 20 mil encarceladas, muchas veces sin proceso. La tortura ha llegado a ser una práctica habitual en las cárceles, millares de niños son encerrados en campos de prisión, la policía tiene puestos de avanzada en cada pequeña ciudad y se respira un aire de ocupación militar. No obstante, la policía ha comenzado a vender copias de juguetes de los Casspir, autos blindados usados para sofocar la subversión negra.

Tanta indiferencia es en parte el efecto de la misma segregación racial. Según las estadísticas no más del uno por ciento de los blancos ha puesto un pie alguna vez en su vida en una ciudad negra. Para muchos el único contacto con la población de color son sus relaciones con su propia camarera. Pero para sobrevivir, el *apartheid* no sólo debe aislar a los blancos, también debe anestesiarlos respecto de la angustia que los circunda. Una necesidad cada vez más apremiante desde que en agosto de 1984 comenzaron las oleadas de revueltas. El gobierno trabajó con mucho cuidado para crear una ilusión de normalidad y en esta obra de medio año logró éxitos importantes en la construcción de una realidad artificial y distendida

Al contrario de la televisión dominada por el SABC, agencia del Estado, los diarios sudafricanos son todos de propiedad privada y la prensa de idioma inglés se ha ganado una reputación de "liberal" a condición de que, se entiende, respete atentamente las reglas. Fueron publicadas ediciones diversas, para todas las razas. El *Sunday Times* no tiene una edición especial para los negros y los asiáticos. *The Star*, el periódico más leído del país, divide en dos formas diferentes, una para los blancos y otra, *Africa*, para todos los demás.

La iniciativa, al final de los años 50, de una promoción para atraer a los lectores negros, hoy sirve para aislar todas las noticias sobre esa comunidad. El 26 de septiembre, por ejemplo, *Africa* contaba la historia del boicot nacional de los alquileres y anunciaba la posible renuncia del alcalde de Soweto. Ninguna de las dos noticias aparecía en la otra edición que anunciaba, en vez, el comienzo del campeonato de rugby.

Pocos blancos leen la edición para negros, aun dentro de la redacción de los diarios que la publican. "Los negros hacen todo el trabajo de piernas, son buenos para ir a respirar gas lacrimógeno –dijo un reportero negro– y sólo cuando las cosas son importantes los periodistas blancos les dedican un poco de atención. Obviamente para escribir su análisis. En la última revuelta tomamos a *The Star* completamente por sorpresa. Cierto que habíamos escrito lo que estaba por suceder, pero en *Africa*. Y los periodistas blancos no lo leen tampoco."

Hasta los publicitarios desprecian las ediciones para negros. En Sudáfrica la población de color es seis veces más numerosa que la blanca, pero cuando se habla de los consumidores, un ama de casa blanca vale tanto como una cadena de montaje de trabajadores negros. Y si un periódico comienza a ser muy difundido entre los negros entonces todo está perdido, como lo demuestra la experiencia del *Rand Daily Mail*. Considerado por mucho tiempo como el más agresivo y respetado periódico del país, el *Mail* era un tormento para el gobierno que no lo clausuró por temor a la reacción internacional. Pero el primer ministro P.W. Botha tenía razones para preocuparse. El *Mail* era muy popular y sus lectores eran el 80 por ciento negros, así que los avisadores comenzaron a abandonarlo; las deudas crecían y en 1985 los propietarios decidieron cerrarlo.

Desde entonces se ha hecho más difícil para los periódicos dirigirse al público negro. El estado de emergencia ha hecho el resto. Gavin Stewart, profesor de periodismo y el más notable estudioso del mundo de la prensa sudafricana, ha confeccionado una lista de todos los episodios de intimidación contra los diarios y los periodistas desde que se inició la revuelta. Es un documento tenebroso, página tras página habla de agresiones, arrestos, maltratos, interrogatorios y, en un caso, de azotes. A los periodistas les está prohibido entrar en la zona de insurrección –a menos que lo autorice el mismo gobierno– y no pueden contar lo que hace la policía.

La prensa no está completamente amordazada. En la página de los comentarios, relativamente dejada en paz por las reglas de emergencia, se encuentran protestas contra la brutalidad de la policía, y aun en los artículos de los directores a menudo logran inventar estratagemas ingeniosas como un artículo con el título "Censura sólo para aquello que hacen los animales". El artículo contaba cómo dos caballos al galope habían atravesado un barrio en Soweto con un joven negro sospechoso tras ellos y que un perro que ladraba furiosamente había sido asesinado. Traducción: dos polizontes a caballo habían llevado a la comisaría a un muchacho aterrorizado teniéndolo por los brazos, mientras los caballos corrían por la calle. Mientras pasaban, un perro había comenzado a ladrar y uno de los dos polizontes le había disparado. Hay muchos ejemplos de este tipo, pero no son frecuentes en los grandes diarios y una de las razones es que sus lectores blancos no quieren leer estas noticias. Aquello que un director pueda considerar un deber –dar la noticia de las rebeliones en las ciudades–, para muchos lectores ya es subversión.

La prensa alternativa

Mientras los diarios se han refugiado en la frivolidad, una nueva ola de periódicos han surgido para tratar de mantener vivo lo que parecía perdido. Con poco dinero y pocos redactores la prensa alternativa, como se autodenomina, ha desafiado los decretos de emergencia. El caudillo es *The Weekly Mail*, fundado en 1985 por un grupo de ex redactores del *Rand Daily Mail* que formaron el capital inicial utilizando su indemnización. Cuando llegué a la redacción en Johannesburgo, me quedé estupefacto; lo más precioso del *Mail* eran algunas computadoras Macintosh que venían junto con media docena de redactores todos muy jóvenes. El director, Anton Herber, tiene veintiocho años y el editor general, Irwin Mannim, treinta y dos.

Se trabaja en un estado de permanente crisis financiera. "Las agencias publicitarias no quieren ni oír hablar de nosotros –me contaba Herber– y la redacción es tan pequeña que los mismos jefes deben dar una mano para llevar los paquetes de diarios a los kioscos."

El *Mail* tiene una bellísima gráfica y una gran vivacidad periodística. Entre las historias publicadas mientras yo estaba en Sudáfrica, había una sobre la vida en las cárceles, el uso de la tortura por parte de la policía y de la avanzada de los militares en la estructura política del país (todos argumentos ni siquiera rozados por la prensa cotidiana). Una semana después, el *Mail* publicaba un "Barómetro del *Apartheid*" en que acompaña las cifras de los arrestados o de los libros censurados por el gobierno. En el periódico se publican algunas tiras de *Donesbury*, algunas firmas satíricas (una sobre carreras de caballos está firmada por Thomas Equinus). La difusión está limitada a 16 mil copias, pero el semanario tiene un buen prestigio (entre sus abonados está el premio Nobel Nelson Mandela) y es reconocido hasta por otros periodistas asombrados. Incluso el director de uno de los grandes diarios cotidianos me habló, admirado, acerca del brillante éxito de una operación financieramente tan pobre.

A diferencia del *Mail*, difundido especialmente en la comunidad blanca, *The New Nation* es un diario de los activistas negros. Fundado en el "Congreso de Obispos Católicos", es un quincenario que se ocupa principalmente de las zonas de aldeas del país, centros de gran violencia y completamente ignoradas por el resto de la prensa sudafricana. Para haber salido hace poco más de un año, en febrero de 1986, ha logrado tener un buen público, sobre todo gracias a su director, Zwelakhe Sisulu. El padre de Zwelakhe, Walter, fue secretario del ANC y ahora está purgando una pena en la cárcel junto con Nelson Mandela, su madre, Albertina, y uno de los presidentes del Frente Unido Democrático, la mayor organización antiapartheid del país. Pero sobre todo Sisulu se encuentra entre los más notables y capaces periodistas sudafricanos (en 84-85 estuvo un año en Harvard con una beca de la Nieman) y tiene grandes proyectos para su diario. O mejor dicho los tenía porque el 12 de diciembre de 1986 la policía lo arrestó y ahora se encuentra en la cárcel.

Cuando fui a hablar con él en su oficina, a un paso de la catedral anglicana de Johhannesburgo, quedé muy impresionado por su sonrisa amable y fascinante, por la intensidad y decisión de su tono de voz. "La prensa alternativa se prepara a convertirse en el centro de los medios de este país", me dijo entonces con gran convicción. No obstante su arresto, *The New Nation* sale regularmente, pero no es todavía seguro que el gobierno permita la realización del proyecto o de lo previsto por Sisulu. El mismo ya ha sido varias veces víctima de la represión gubernamental. En los años 80, cuando era jefe del sindicato de periodistas negros, fue suspendido por tres años, y ocho meses los pasó en prisión. En junio del año pasado, cuatro hombres vestidos de civil y armados lo sacaron de su casa. Se difundió la noticia de que había sido asesinado y sólo después de las protestas de la comunidad internacional, el gobierno admitió haberlo secuestrado y, después de tres semanas, lo liberó. "De no haber sido por los periodistas extranjeros –dice con voz calma– me hubieran asesinado."

Peligro de despido

La vida cotidiana de cada periodista sudafricano pende de un hilo. La situación es tan tensa, que hasta un hecho marginal puede tener consecuencias inimaginables. Nadie lo puede contar mejor que Sarah Crowe, joven blanca y sudafricana despedida por la *BBC*. Visto que había trabajado en *The New Nation* le fue confiado el trabajo sobre la comunidad negra y la *BBC* parecía más que satisfecha de poder utilizar sus contactos. Poco después de su asunción, Sarah, en su tiempo libre, fue al funeral de los 177 mineros muertos en Kinross. Durante la ceremonia las familias entonaron "Dios bendiga a Africa", un himno dedicado a los momentos más solemnes. Sarah se unió al canto, con el puño alzado. Un corresponsal colega suyo la sorprendió y mandó el video a la sede de la *BBC* en Londres. El jefe de Sarah Crowe le telefoneó inmediatamente y le comunicó que había violado las reglas de objetividad de la *BBC*. Se la consideraba por lo tanto despedida.

Las protestas en Sudáfrica fueron enormes. Los líderes de la comunidad negra y los colegas de Sarah declararon públicamente que el despido no podía considerarse aceptable. El dirigente de los mineros negros, Cyril Ramaphosa, anunció el boicot a la *BBC*. Hasta la conferencia local de obispos protestó que "Cantar este himno cristiano durante un funeral, alzando el puño como es una costumbre difundida en muchas iglesias, es un gesto de oración, no una declaración pública". En efecto, si Sarah Crowe no se hubiera unido a los otros en aquella ocasión, no sería mirada y tratada con verdadero respeto. En este caso la *BBC* no se mosquéo.

Nada para extrañarse entonces si durante todas mis entrevistas y charlas con los periodistas sudafricanos, la pregunta más corriente fue: "Pero el mercado de trabajo negro en los Estados Unidos, ¿cómo es?"



BLANCOS PERO OSCUROS

ABC, agencia del Estado, los diarios sudafri- anos son todos de propiedad privada y la pren- a de idioma inglés se ha ganado una reputación e "liberal" a condición de que, se entiende, espete atentamente las reglas. Fueron publica- as ediciones diversas, para todas las razas. El *Sunday Times* no tiene una edición especial ara los negros y los asiáticos. *The Star*, el eriódico más leído del país, divide en dos ormas diferentes, una para los blancos y otra, *Africa*, para todos los demás.

La iniciativa, al final de los años 50, de una romoción para atraer a los lectores negros, oy sirve para aislar todas las noticias sobre esa omunidad. El 26 de septiembre, por ejemplo, *Africa* contaba la historia del boicot nacional de os alquileres y anunciaba la posible renuncia el alcalde de Soweto. Ninguna de las dos oticias aparecía en la otra edición que anuncia- a, en vez, el comienzo del campeonato de ugby.

Pocos blancos leen la edición para negros, un dentro de la redacción de los diarios que la ublican. "Los negros hacen todo el trabajo de iernas, son buenos para ir a respirar gas lacri- mógeno –dijo un reportero negro– y sólo cuan- do las cosas son importantes los periodistas blancos les dedican un poco de atención. Ob- viamente para escribir su análisis. En la última revuelta tomamos a *The Star* completamente por sorpresa. Cierto que habíamos escrito lo que estaba por suceder, pero en *Africa*. Y los periodistas blancos no lo leen tampoco."

Hasta los publicitarios desprecian las edicio- nes para negros. En Sudáfrica la población de color es seis veces más numerosa que la blanca, pero cuando se habla de los consumidores, un ama de casa blanca vale tanto como una cadena de montaje de trabajadores negros. Y si un periódico comienza a ser muy difundido entre los negros entonces todo está perdido, como lo demuestra la experiencia del *Rand Daily Mail*. Considerado por mucho tiempo como el más agresivo y respetado periódico del país, el *Mail* era un tormento para el gobierno que no lo clausuró por temor a la reacción internacional. Pero el primer ministro P.W. Botha tenía razones para preocuparse. El *Mail* era muy popular y sus lectores eran el 80 por ciento negros, así que los avisadores comenzaron a abandonarlo; las deudas crecían y en 1985 los propietarios decidieron cerrarlo.

Desde entonces se ha hecho más difícil para los periódicos dirigirse al público negro. El estado de emergencia ha hecho el resto. Gavin Stewart, profesor de periodismo y el más notable estudioso del mundo de la prensa sudafricana, ha confeccionado una lista de todos los episodios de intimidación contra los diarios y los periodistas desde que se inició la revuelta. Es un documento tenebroso, página tras página habla de agresiones, arrestos, maltratos, interrogatorios y, en un caso, de azotes. A los periodistas les está prohibido entrar en la zona de insurrección –a menos que lo autorice el mismo gobierno– y no pueden contar lo que hace la policía.

La prensa no está completamente amordazada. En la página de los comentarios, relativamente dejada en paz por las reglas de emergencia, se encuentran protestas contra la brutalidad de la policía, y aun en los artículos de los directores a menudo logran inventar estratagemas ingeniosas como un artículo con el título "Censura sólo para aquello que hacen los animales". El artículo contaba cómo dos caballos al galope habían atravesado un barrio en Soweto con un joven negro sospechoso tras ellos y que un perro que ladraba furiosamente había sido asesinado. Traducción: dos polizontes a caballo habían llevado a la comisaría a un muchacho aterrorizado teniéndolo por los brazos, mientras los caballos corrían por la calle. Mientras pasaban, un perro había comenzado a ladrar y uno de los dos polizontes le había disparado. Hay muchos ejemplos de este tipo, pero no son frecuentes en los grandes diarios y una de las razones es que sus lectores blancos no quieren leer estas noticias. Aquello que un director pueda considerar un deber –dar la noticia de las rebeliones en las ciudades–, para muchos lectores ya es subversión.

La prensa alternativa

Mientras los diarios se han refugiado en la frivolidad, una nueva ola de periódicos han surgido para tratar de mantener vivo lo que parecía perdido. Con poco dinero y pocos redactores la prensa alternativa, como se autodenomina, ha desafiado los decretos de emergencia. El caudillo es *The Weekly Mail*, fundado en 1985 por un grupo de ex redactores del *Rand Daily Mail* que formaron el capital inicial utilizando su indemnización. Cuando llegué a la redacción en Johannesburgo, me quedé estupefacto; lo más precioso del *Mail* eran algunas computadoras Macintosh que venían junto con media docena de redactores todos muy jóvenes. El director, Anton Herber, tiene veintiocho años y el editor general, Irwin Mannim, treinta y dos.

Se trabaja en un estado de permanente crisis financiera. "Las agencias publicitarias no quieren ni oír hablar de nosotros –me contaba Herber– y la redacción es tan pequeña que los mismos jefes deben dar una mano para llevar los paquetes de diarios a los kioscos."

El *Mail* tiene una bellísima gráfica y una gran vivacidad periodística. Entre las historias publicadas mientras yo estaba en Sudáfrica, había una sobre la vida en las cárceles, el uso de la tortura por parte de la policía y de la avanzada de los militares en la estructura política del país (todos argumentos ni siquiera rozados por la prensa cotidiana). Una semana después, el *Mail* publicaba un "Barómetro del *Apartheid*" en que acompaña las cifras de los arrestados o de los libros censurados por el gobierno. En el periódico se publican algunas tiras de *Donesbury*, algunas firmas satíricas (una sobre carreras de caballos está firmada por Thomas Equinus). La difusión está limitada a 16 mil copias, pero el semanario tiene un buen prestigio (entre sus abonados está el premio Nobel Nelson Mandela) y es reconocido hasta por otros periodistas asombrados. Incluso el director de uno de los grandes diarios cotidianos me habló, admirado, acerca del brillante éxito de una operación financieramente tan pobre.

A diferencia del *Mail*, difundido especialmente en la comunidad blanca, *The New Nation* es un diario de los activistas negros. Fundado en el "Congreso de Obispos Católicos", es un quincenario que se ocupa principalmente de las zonas de aldeas del país, centros de gran violencia y completamente ignoradas por el resto de la prensa sudafricana. Para haber salido hace poco más de un año, en febrero de 1986, ha logrado tener un buen público, sobre todo gracias a su director, Zwelakhe Sisulu. El padre de Zwelakhe, Walter, fue secretario del ANC y ahora está purgando una pena en la cárcel junto con Nelson Mandela, su madre, Albertina, y uno de los presidentes del Frente Unido Democrático, la mayor organización antiapartheid del país. Pero sobre todo Sisulu se encuentra entre los más notables y capaces periodistas sudafricanos (en 84-85 estuvo un año en Harvard con una beca de la Nieman) y tiene grandes proyectos para su diario. O mejor dicho los tenía porque el 12 de diciembre de 1986 la policía lo arrestó y ahora se encuentra en la cárcel.

Cuando fui a hablar con él en su oficina, a un paso de la catedral anglicana de Johhannesburgo, quedé muy impresionado por su sonrisa amable y fascinante, por la intensidad y decisión de su tono de voz. "La prensa alternativa se prepara a convertirse en el centro de los medios de este país", me dijo entonces con gran convicción. No obstante su arresto, *The New Nation* sale regularmente, pero no es todavía seguro que el gobierno permita la realización del proyecto o de lo previsto por Sisulu. El mismo ya ha sido varias veces víctima de la represión gubernamental. En los años 80, cuando era jefe del sindicato de periodistas negros, fue suspendido por tres años, y ocho meses los pasó en prisión. En junio del año pasado, cuatro hombres vestidos de civil y armados lo sacaron de su casa. Se difundió la noticia de que había sido asesinado y sólo después de las protestas de la comunidad internacional, el gobierno admitió haberlo secuestrado y, después de tres semanas, lo liberó. "De no haber sido por los periodistas extranjeros –dice con voz calma– me hubieran asesinado."

Peligro de despido

La vida cotidiana de cada periodista sudafricano pende de un hilo. La situación es tan tensa, que hasta un hecho marginal puede tener consecuencias inimaginables. Nadie lo puede contar mejor que Sarah Crowe, joven blanca y sudafricana despedida por la *BBC*. Visto que había trabajado en *The New Nation* le fue confiado el trabajo sobre la comunidad negra y la *BBC* parecía más que satisfecha de poder utilizar sus contactos. Poco después de su asunción, Sarah, en su tiempo libre, fue al funeral de los 177 mineros muertos en Kinross. Durante la ceremonia las familias entonaron "Dios bendiga a Africa", un himno dedicado a los momentos más solemnes. Sarah se unió al canto, con el puño alzado. Un corresponsal colega suyo la sorprendió y mandó el video a la sede de la *BBC* en Londres. El jefe de Sarah Crowe le telefoneó inmediatamente y le comunicó que había violado las reglas de objetividad de la *BBC*. Se la consideraba por lo tanto despedida.

Las protestas en Sudáfrica fueron enormes. Los líderes de la comunidad negra y los colegas de Sarah declararon públicamente que el despido no podía considerarse aceptable. El dirigente de los mineros negros, Cyril Ramaphosa, anunció el boicot a la *BBC*. Hasta la conferencia local de obispos protestó que "Cantar este himno cristiano durante un funeral, alzando el puño como es una costumbre difundida en muchas iglesias, es un gesto de oración, no una declaración pública". En efecto, si Sarah Crowe no se hubiera unido a los otros en aquella ocasión, no sería mirada y tratada con verdadero respeto. En este caso la *BBC* no se mosqueó.

Nada para extrañarse entonces si durante todas mis entrevistas y charlas con los periodistas sudafricanos, la pregunta más corriente fue: "Pero el mercado de trabajo negro en los Estados Unidos, ¿cómo es?"

El apartheid en la literatura. Un cuento de Alex La Guma

Hace dos años, en el exilio, murió el autor de este relato. La Guma había nacido en 1925 en Cape Town. Desde siempre, conoció los ghettos. También desde siempre su país le hizo pagar el crimen de su piel. Su obra, poco conocida en la Argentina, propone bucear en esas muertes.

LIMONES AMARGOS

Los hombres venían bajando entre dos hileras largas, regulares, de árboles. El invierno se había terminado del todo y el aire era frío; la luna estaba escondida detrás de altas líneas paralelas de nubes, suspendidas en el cielo como banderolas de algodón sucio. Todos los hombres, excepto uno, usaban ropa gruesa para cubrirse del frío. La noche y la tierra estaban frías, húmedas y los zapatos de los hombres se hundían en el suelo dejando huellas exactas, nítidas, pero invisibles en la oscuridad.

Uno de los hombres caminaba delante y, llevando un pequeño farol de bicicleta que funcionaba a pilas, abría camino entre dos hileras de árboles, mientras los que estaban detrás suyo avanzaban en la oscuridad. A su alrededor, la noche toda guardaba silencio ahora que los grillos habían dejado de emitir sus leves sonidos, pero en la lejanía otros que no habían percibido la presencia de los hombres, continuaban su monótono cri-cri-cri. Desde algún lugar, todavía más lejos, un perro empezó a ladrar emitiendo aullidos breves, agudos y luego, de improviso, se calló. Los hombres estaban atravesando un jardín de limones y el olor áspero, dulce-amargo de los frutos agrios flotaba en el aire de la noche.

"No vayas tan rápido", le dijo el último del grupo al hombre del farol. "Acá atrás está oscuro como el alma de un *Kaffir*".

Habló en voz baja, como si la oscuridad reclamara silencio. Era un hombre gordo, usaba pantalones caqui, botas de jinete y un viejo sacón de caza con remiendos de piel a la derecha del pecho y en los codos.

El fusil estaba cargado. En la oscuridad, el rostro del hombre no era más que una sombra difusa, más oscura en las cavidades y más clara en los relieves. Pese a que caminaba atrás, era el jefe del grupo. El hombre del farol aflojó la marcha para permitir que los otros lo alcanzaran.

"Además hace frío, Oom", dijo otro.

"¿Frío?", preguntó sarcástico el del fusil. "¿Tenés más frío que este *verdomte hotnot?*" E indicó en la oscuridad, con el fusil, al hombre que avanzaba tropezando continuamente en medio de ellos, el único que no estaba vestido con prendas gruesas.

Este hombre usaba pantalones y un impermeable, las únicas cosas que le habían permitido ponerse encima del piyama cuando lo sacaron de su habitación; ahora tiritaba de frío y apretaba los dientes para que no le temblaran. No le habían dado tiempo de atarse los zapatos, y el metal que recubría la punta de los cordones hacía un ruido seco mientras caminaba.

"¿Tenés frío, *hotnot?*", se burló el hombre de la luz.

El mestizo no respondió. Tenía miedo, pero su miedo estaba mezclado con una testarudez que le impedía contestar.

"No tiene frío", dijo el quinto del grupo. "Está temblando de miedo. ¿No es así, *hotnot*?"

El mestizo no dijo nada, fijó la mirada delante suyo, en la luz débil que salía del pequeño farol. Podía ver el perfil del hombre que llevaba la lámpara, pero no quería mirar a los dos que tenía al costado, el que se había quejado del frío y el que había hablado de su miedo. Entre ambos sostenían un *sjambok* con cuya manija jugueteaban dándose cada tanto pequeños golpes sobre los pantalones de terciopelo.

"Encima es mudo", dijo riendo apenas el hombre que había hablado último.

"No, Andries. Esperá un minuto", dijo con la cabeza el del fusil, y todos se pararon entre las hileras de los árboles. El hombre del farol se dio vuelta e iluminó al resto del grupo.

"¿Qué pasa?", preguntó.

"*Wag'n oomblikkie*. Esperá un momento", dijo el jefe con falso descuido. Es sólo un *hotnot* que se hace el piola, uno de esos salvajes instruidos. "Escuchame, *hotnot*", dijo entonces con bronca volviéndose hacia el mestizo. "Cuando un *baas* te habla, tenés que contestar. ¿Entendés?". Las muñecas del mestizo estaban atadas detrás de la espalda con una tira de cuero y el jefe bajó el caño del fusil, apretándolo con fuerza a la espalda del hombre, un poco más arriba de donde se unían sus manos. "¿Oíste, *hotnot*?" Contestame o te hago un agujero en la espina dorsal".

El hombre atado advirtió el duro metal redondo de la boca del fusil a través del impermeable largo y apretó los dientes. Tenía frío y contenía el temblor para que no lo tomaran por un cobarde. Oyó un leve sonido metálico cuando el hombre alzó el gatillo del fusil. Pese al frío, pequeñas gotas de sudor comenzaron a formársele sobre el labio superior, entre la barba sin afeitar. "Por amor al cielo, no le dispares", dijo el hombre de la linterna riéndose un poco nerviosamente. "No queremos terminar metidos en un homicidio".

"¿Qué estás diciendo, hombre?", preguntó el jefe. Ahora que la luz de la linterna le iluminaba el rostro y había ahuyentado las sombras, se revelaba el conjunto de pequeñas arrugas y de profundos pliegues que cubrían el colorido rojo-arcilla de su cara, como la miríada de líneas que indican los ríos, los arroyos, los caminos y los ferrocarriles en un mapa. Giraban alrededor de los relieves de las mandíbulas, se trepaban por la ríspida subida de la nariz, por las vetas del mentón y los pómulos y sus ojos eran duros, azules como dos lagos congelados.

"Es ni más ni menos que un *hotnot* que se hace el piola", dijo entonces. "Enseña en una escuela y somos nosotros los que lo mantenemos. Vive de nuestro sudor. Ha tenido el coraje de ser atrevido y maleducado con un pastor de nuestra iglesia y ningún *hotnot* va a hacer eso con un blanco mientras yo viva".

"Ya, hombre", convino el que llevaba la linterna. "Pero ahora nos ocuparemos de él. No hay necesidad de dispararle. No queremos esta clase de problemas".

"Yo le disparo a todos los *hotnot* o *kaffir* que me parece, y quiero ver quién me va a reclamar por eso. Exijo respeto de estos *donder*. Que contesten cuando alguien les habla".

Imprevistamente, clavó el caño del fusil en la espalda del mestizo que tropezó y trató de mantener el equilibrio. "¿Oíste, *jong*? ¿No estaba hablando con vos?" Entonces el hombre que se había burlado del miedo del prisionero, dio un paso adelante y le pegó en la cara, golpeándolo con el puño que todavía apretaba el *sjambok*. Estaba enojado por el retraso y quería que el hombre se sometiera para que pudieran proceder. "Escuchame, bastardo de *hotnot*", dijo en voz alta, "¿por qué no contestás?".

El hombre tropezó, se levantó y se quedó de pie a la sombra protectora de un limonero. El farol se movió en su dirección y él apartó la vista del centro de la luz. Tenía miedo de que el jefe le disparara en un momento de ira; no quería morir. Se enderezó y trató de no mirarlos.

"¿Entonces?", preguntó el que lo había golpeado.

"Sí, *baas*", dijo el hombre atado, hablando con una mezcla de dignidad y desprecio que los que estaban alrededor suyo no captaron.

"Está bien", dijo el hombre de la lámpara. "Te podés ahorrar problemas. Si no, la próxima vez te vas a acordar. Ahora sigamos".

El farol se movió de nuevo hacia adelante y volvió a ponerse a la cabeza. El jefe empujó con el fusil al prisionero, que avanzaba a tientas detrás de la luz oscilante, rodeado por los otros hombres.

"Lo más absurdo es que este *bliksem* llevó al rector del colegio y al *meester* de la iglesia frente al juez para pedirle reparación por la lección que le habían dado por insolentarse con ellos", dijo el jefe volviéndose hacia los otros. "Este *verdomte hotnot*... No había oído una cosa así desde que nací".

"Bueno, le daremos una lección mejor", dijo el hombre, Andries. "Esta vez aprenderá, Oom. No le va a pedir reparación a nadie cuando terminemos con él".

"Y después no se hará ver más por ahí. Va a hacer las valijas y se irá a vivir a la ciudad donde la gente no se hace tantos problemas con la dignidad del *volk*. ¿Oíste, *hotnot*?" Esta vez no se preocuparon por recibir una respuesta y el jefe continuó: "No queremos a ningún *hotnot* instruido por estos lados".

"Y mucho menos negros que hablan como ingleses", agregó otro.

El perro volvió a ladrar en la hacienda, que estaba al otro lado del pequeño valle y no se alcanzaba a ver porque se encontraba sobre el lado en sombras de la colina. "Ese es Jagter", dijo el hombre del farol. "Me pregunto qué es lo que le molesta. Es un buen perro guardián. Le ofrecí a Meneer Marais cinco esterlinas por ese perro, pero no lo quiere vender. Me gustaría tener un perro como ése. Estaría bien cuidado con un perro así".

La oscuridad de la noche se acunó sobre el frutal y las hojas crujieron con un murmullo inarmónico, en estridente contraste con el agradable perfume de los limones. El frío había aumentado y a lo lejos el cri-cri-cri de los grillos se fundía en sólidas franjas de sonido agudo. Después salió la luna de entre bancos de nubes y su luz blanca cubrió las hojas con un baño de plata y el perfume de los limones pareció más intenso, como si estuvieran exprimiéndoles el jugo.

Caminaron todavía un poco a la luz de la luna; hasta que el hombre del farol dijo: "De aquí en más un lugar vale tanto como otro, Oom".

Habían llegado a un amplio descampado entre los limoneros, un pequeño anfiteatro rodeado de plantas fragantes y todos se pararon. La luz de la luna se aferró a las hojas y a las ramas retorcidas. Entonces, sobre las extremidades y en los ángulos, el rocío brilló por el alumbrado trémulo que esparcía el mercurio.

